

y si se piensa que Cervantes en algun pasaje de su novela tuvo presentes sus escritos, hechos ó circunstancias, habrása de conceder que no se trataba de quien carecia de todo renombre, mérito ó importancia. No deja de chocarnos el que mientras Cervantes desea atenuar los cargos que se le hacen en orden á Lope de Vega, guarde un silencio asaz significativo respecto de las querellas de su adversario, aunque en el prólogo de las comedias, asienta frases que no creemos impertinentes del todo, á este particular.

II.

LOS CRITICOS EN BUSCA DEL AUTOR ANÓNIMO.

Sobre ciento catorce años habian trascurrido desde el dia en que el cuerpo de Cervantes, llevado piadosamente en hombros de cuatro hermanos de la Orden Tercera, fué devuelto á la madre tierra de donde procedía. Lanzada España por la pendiente de su ruina, mostrábase olvidada de cuanto podia acrecentar sus glorias y dilatar su cultura. Víctima de una política deplorable, entregada en brazos de favoritos sin patriotismo y de livianas mujeres, sufriendo silenciosa y hasta contenta, el doble yugo del fanatismo y de

la superstición, la cuna de los Padillas y Marianas servía de escabel al despotismo mas exorbitante y al rebajamiento moral mas vergonzoso, que parecian haber tomado puerto en esta region del mundo para desde ella contrariar el crecimiento de las luces y el desarrollo de los gérmenes y principios que movian á los pueblos de la Europa civilizada. Mirábanse poco menos que perdidas en las nieblas del olvido, las joyas de nuestra envidiada y superior literatura. La féru-la del inquisidor, el estragado gusto de aquella menguada generacion que admitia como criterio de lo bello las extravagancias y despropósitos de conceptistas y gongorinos, el preponderante imperio de la bibliomanía monástica—que no hemos de designar con otra frase los desabridos frutos de la decadencia intelectual y moral mas deplorable y evidente,—el predominio en las esferas de la gobernacion del extranjero elemento, contrariando cuanto de privativo, castizo y espontáneo habia en nuestro modo de ser histórico, y en nuestras instituciones; la ignorancia y la relajacion que forzosamente acompañan á semejantes crisis, concurrían por veredas distintas á retardar el renacimiento de las letras patrias, lastimosamente hundidas en el fango de la servil imitacion y de la mediocridad.

Torpe é irreverentemente mutilada, con pegotes ingeridos en el texto por la mano poco escrupulosa del especulador, atento á conseguir la ma-

yor venta de su adulterada mercancía, la novela cervántica corria por el mundo asendereada y sin ventura, tan abundante en errores y faltas como necesitada de una voz compasiva, ya que no justiciera, que se alzara condenando los fraudes que á su sombra se estaban cometiendo. Necesario fué que un extranjero ilustre designara al Quijote cuál libro acreedor á figurar en el gabinete de una dama poderosa, para que los españoles cayéramos en la cuenta de que redundaba en descrédito de la honra propia el criminal despego con que mirábamos á uno de los frutos mas singulares del humano entendimiento. Publicóse en Lóndres por los años de 1738 la primera edicion de la originalísima sátira, digna de su mérito y del respeto que pedia la memoria de Cervantes. Hecha á expensas del baron de Carteret, quiso este que apareciera enriquecida con la vida de su autor, y á empeño tan loable debióse que D. Gregorio Mayans y Ciscár escribiera la biografía del preso de la Argamasilla, dando comienzo á investigaciones que, no habiéndose interrumpido desde entonces, han producido preciosos resultados para cuantos se interesan en los progresos de las letras españolas.

Mayans y Ciscár fué el primero que se ocupó del tantas veces nombrado Alonso Fernandez de Avellaneda. Natural y lógico era que describiendo las vicisitudes porque habia pasado la existencia de Cervantes, llegase un término en que se le

presentara en frente la figura de su velado competidor. Ganoso de sacarle de la sombra, asienta que las palabras señor y grande que Cervantes emplea en su prólogo cuando con él se encara, parecenle misteriosas, y sea de esto lo que fuere, está persuadido que el último era muy poderoso, cuando un escritor, soldado animoso y diestro en el manejo de la pluma y de la espada no se atrevía á nombrarle, si ya no es que fuese hombre tan vil y despreciable que ni aun quiso que se supiese su nombre, para que con la misma infamia no lograra su fama. «D. Nicolás Antonio, añade Mayans y Ciscár, juzgó que este autor no tenía génio para continuar tal obra. Esto es poco. No tenía génio, ni ingenio para tan difícil empresa; y tal el del autor aragonés cuya leyenda es indigna de cualquier lector que se tenga por honesto. Escribir, pues, con gracia, pide un natural muy agudo y muy discreto, de que estaba muy ageno el dicho aragonés. Este supo ocultar su nombre; pero no su maledicencia y su codicia. No hagamos caso de este escritorillo, digno de la férula. Si preguntamos á este hombre qué le movió á decir tan grandes desvergüenzas en todo su prólogo, no hallaremos otra causa sino que él y Lope de Vega fueron reprendidos en la Historia de D. Quijote.»

Hasta aquí nuestro biógrafo. Todo el afecto que á Cervantes profesamos, toda la simpatía que sus desgracias nos inspiran, toda la admiración

que sus talentos suscitan en nosotros, no son móviles bastante poderosos para que admitamos como buenos estos juicios, mas que de la razón, hijos de la saña y del apasionamiento. Si no existiera el verdadero y auténtico D. Quijote, sería el falso, ante la crítica menos benévola, prenda de gran estima: no es verdad que al proceder de Avellaneda cuadre el calificativo de infame, (aunque es cierto que su leyenda, desde el punto de vista de la moral, se aparta bastante de la de Cervantes,) ni mucho menos que la advertencia ó proemio encierre las licencias que arbitraria y lijeramente se señalan.

Cuanto mayor sea el mérito de la imitación, mas grande habrá de ser el precio de la obra falsificada, siempre que ésta, encadenando la opinión y enseñoreándose de su rival, consigue desterrarla ó empequeñecerla. Es evidente que Mayans estuvo injusto en sus fallos y que hasta cometió errores de hecho. Quejóse Avellaneda de algo mas que de una simple reprehension, diciendo terminantemente que Cervantes sin necesidad le habia ofendido; y en cuanto á lo demás, el ilustrador de la magnífica edición de Lóndres, redujose á seguir al pié de la letra á Cervantes cuando este llama aragonés á su adversario.

Publicó algunos años despues Fray Pedro Murillo su «Geografía Histórica,» (4) donde hace una compendiosa memoria de los varones mas insignes del mundo en virtud, letras, armas y empleos.

Sale á luz el tomo décimo entre 1752 y 1753, y en él incluye á Miguel de Cervantes, suponiéndole nativo de Sevilla, secretario del duque de Alba y objeto de desprecio por parte del de Lerma, contra quien escribió, tirando á vengarse, el libro de D. Quijote. Cita en seguida el Padre Murillo á Fernandez de Avellaneda, ignorando, al parecer, que este es un disfraz; llámale eclesiástico, sin decir en qué se funda para tal aserto, y despues escribe que Cervantes se quejó de que le habian quitado sus papeles, terminando este tegido de imaginaciones, con la inexactitud de que falleció en 1664.

Decidióse al cabo la Academia Española á imprimir por sí la obra que tanto nombre habia alcanzado ya entre propios y estraños, y con efecto, de 1780 á 1782 hizo de ella dos ediciones, (5) de las cuales una merece especial mencion de parte nuestra. Discurriendo la docta corporacion, ó el académico D. Vicente de los Rios en nombre suyo, sobre quién pudiera ser el émulo de Cervantes, afirmó que fué otro compositor de comedias. Estaba, dice, grandemente sentido aquel poeta de la justa censura que de las suyas habia hecho Cervantes en el Quijote. Sabia la estimacion que le habia granjeado esta obra, cuya segunda parte deseaban todos, y para saciar su ódio, intentó desacreditar de un golpe el ingenio y buen corazon de Cervantes. Su ingenio continuando el Quijote, y su buen corazon publicando que habia ofendido

en él á Lope de Vega, porque su fama le causaba pesadumbre y envidia.

Para darse cuenta cabal de una parte de los asertos académicos, forzoso será traer á la memoria antecedentes en mucho relacionados con nuestro asunto. Dióse á la estampa la primera edicion del Quijote de Fernandez de Avellaneda en Tarragona, año de 1614, la segunda en Madrid en 1615, si el bibliófilo Ebert no se equivoca; la tercera en este mismo punto en 1732, siendo sus editores D. Isidro Perales y D. Blas Nasarre, quienes cuidaron de aderezarla con un encomiástico prefacio de D. Agustín Montiano y Luyando y el juicio no menos favorable que habia aparecido en el «Diario de los Sábios» de París, con motivo de una version libre allí impresa por Lesage, en 1704.

Comenzaba á estenderse una opinion propicia á Fernandez de Avellaneda, y ya Martínez Salafranca habia sido osado á escribir que aquel tuvo razon sobrada para creer que Cervantes no queria ó no podia continuar el Quijote, denunciando así el flamante crítico, el deseo de justificar la aparicion del falso, á la vez que destruia el vicio que encerraba en sus entrañas. (6)

Justo era que propósitos tan censurables hallaran quien, volviendo por la causa de la justicia, acudiera á ponerles los oportunos reparos. Con loable celo corrió la Academia á la defensa del maltratado ingenio; mas nosotros, enalteciendo

como es debido la intencion, no podemos admitir, solo porque procede de labios tan respetables, que Fernandez de Avellaneda fué, como se dice, poeta y escritor de comedias. ¿Dónde se halla la censura que de sus escritos hiciera Cervantes? ¿Quién puede señalarla en las generalidades contenidas en el capítulo XLVIII de la primera parte del Ingenioso Hidalgo?

Antes que á nosotros ocurriéronse iguales dudas á literatos perspicaces, y no por cierto de segunda fila y escasos merecimientos. Sin ir mas lejos, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, en sus notas á la edicion del Quijote hecha en 1863 en la Argamasilla, confiesa que no sabe en qué habria ofendido Cervantes á Avellaneda; esto es, cómo habria aquel censurado las obras de este. Nosotros hasta ignoramos si la ofensa fué á la persona en sus acciones, ó en los partos de su inteligencia.

Carecemos de antecedentes para aseverar que Avellaneda fuera poeta dramático, y no se puede sostener sino como hipótesis, que el ultraje correspondia al género literario. Satirizó y reprobó Cervantes doctrinas, cosas, instituciones, tendencias ó personas, y esta es la hora en que cuantos con profundo ahinco persisten en el estudio del escritor insigne, no han llegado á descifrar las significativas é ingeniosas indirectas hábil y discretamente embozadas en la aparente sencillez de la burla quijotesca.

Imprime en 1797 D. Juan Antonio Pellicer su

biografía de Cervantes, (7) ensayo feliz, merecedor de toda alabanza, donde se afirma que Avellaneda no nació en Tordesillas, sino en Aragon. Respecto á lo primero, Perales habia averiguado que en todo el siglo XVI no se bautizó en aquella poblacion ningun Alonso Fernandez de Avellaneda, y aunque no debemos desdeñar esta investigacion, hubiérasenos antojado escusada, recordando que no se trataba de un personaje real, sino de un seudónimo. Sobre lo segundo, Pellicer, como Mayans y Ciscár, atiénese á lo sospechado por Cervantes, si bien añade que el estilo y lenguaje del continuador descubren y hacen manifesto su origen, no habiendo sabido evitar ciertos modismos propios del reino de Aragon.

Pellicer no tiene en esto duda; no así en lo que mira á quien sea el incógnito. Aventurando algunas conjeturas, dice que en la librería de la condesa viuda de Fernan-Núñez existia un códice que, entre otros tratados, contenia las sentencias que se intimaron á los poetas que escribieron en dos certámenes celebrados en Zaragoza por los años de 1614 sobre la interpretacion de dos enigmas que por la ciudad se esparcieron. Al fallarse por el jurado acerca del mérito relativo de las composiciones presentadas, intímase á cada autor su sentencia y se le dá un vejámen donde el fiscal aprueba su poesía ó le aplica el merecido castigo.

Hé aquí el que se intima á uno de los poetas del primer certámen:

Á Sancho Panza, estudiante,
Oficial ó paseante,
Cosa justa á su talento,
Le dará el verdugo ciento
Caballero en Rocinante.

En el segundo se halla esta otra sentencia:

Al blanco de la ganancia
Dice con poca elegancia
Que la ignorancia se encubre
Sancho Panza, y él descubre
La fuerza de su ignorancia;
Y pues afirma de veras
Sus inventadas quimeras,
En galeras tome puerto;
Que tras azotes, es cierto
Se siguen siempre galeras,

Parécele á Pellicer que el poeta castigado en uno y otro caso es Alonso Fernandez de Avellaneda, no obstante que este no figura por su nombre entre los que á las justas concurrieron. Y piensa que en los confusos versos publicados en segundo lugar, se significan con mayor precision todavía las señas del falso D. Quijote, del cual «aun cuando no se hubiese publicado, tendria el fiscal noticia y de la intencion con que se escribia.»

Tambien á nosotros nos parece, que este modo de argumentar es cómodo y hasta ingenioso, mas de todo punto falso y sin lógica. Tiénese casi como cierto que no habia salido á luz el tordesillesco don Quijote; y, sin embargo, se afirma que ya se

hacian alusiones, no solamente al libro, sino á varios de sus episodios, descifrándose y castigándose hasta las intenciones con que se escribiera....! Conformándonos con lo dicho por el mismo Pellicer, puesto que no conocemos el código que ha utilizado, notamos que entre los poetas de los certámenes no se nombran ni al Avellaneda ni á ningun otro que se persone en el palenque con el antifaz del manchego escudero. Siendo esto así, ¿á quién se refiere el fiscal en sus sentencias? ¿Si Sancho Panza no ha comparecido á lidiar en la justa poética, cómo se esplican los versos antes reproducidos? ¿Dícese que el fiscal castigó al poeta sacando partido del apodo con que se le conocia? Pues dígase á la vez que autoriza para dar como auténtico un hecho tan importante en esta controversia.

Concurren al primer certámen Alfonso Lamberto, Martin Escuer, Pablo Visieda, José Pílares, Maestro Potranca, Juan Navarro, Miguel Soriano, Muniesa, Jerónimo Fernandez y el incógnito Xarava; al segundo el dicho Lamberto, Jaime Portoles, Pedro Huerta y Lozano. ¿Á cuál de estos poetas, en su caso, adjudicaremos el mote inventado por Cervantes? Y concediendo que efectivamente uno de ellos lo llevara contra su voluntad, ¿puedese presumir que el fiscal prescindió del nombre ó seudónimo con que habia entrado en el literario palenque, para aplicarle el apodo que en son de burla le impusiera la morda-

ciudad ó la malquerencia? Rechazamos la idea de que el fiscal, cuya competencia estaba reducida á discernir el mérito de los versos presentados, se entrometió á juzgar las intenciones con que el autor pudo escribir otra obra que nada tenia de comun con el certámen, si ya es que no permanecia inédita ó se estaba imprimiendo.

Si Pellicer hubiera ahondado mas en sus pesquisas, de seguro no habria visto en los versos del código de Fernan-Núñez las señas del falso D. Quijote, sino frases comunes en todos los escritos análogos al que daba fundamento á sus conjeturas. Precisamente en el mismo año de 1614 y en la misma ciudad de Zaragoza se celebran grandes fiestas destinadas á mostrar el regocijo con que los fieles habian visto la beatificacion de la Madre Teresa de Jesús. (8) Como era de rigor, anunciáronse certámenes poéticos, y á los mantenedores se premió y castigó segun el arbitrio y la conciencia del tribunal al efecto constituido. Anúncianse tambien mascaradas ó disfraces; ofrécese premios á los mas notables, y el lunes 6 de Octubre tiene lugar la manifestacion ó concurso de estos últimos. D. Francisco de Miravete, alto funcionario de aquel reino, ha imaginado el festejo y proveido á los agasajos.

Preséntanse á disputarlos los estudiantes de la Universidad, que á la una de la tarde concurren á la plaza de los Carmelitas Descalzos para enca-

minarse desde allí en ordenada procesion, al Coso, donde el jurado les espera.

Historiando la fiesta el secretario del tribunal, escribe que en ella se hicieron patentes el ánimo, generosidad, virtud y nobleza de los hijos de la ilustrísima Universidad zaragozana, cuyo fué la mayor parte del triunfo. Venia primero, dice, un hijo del Miravete, bizarramente vestido, y despues seguía «D. Quijote de la Mancha con un traje de burlas, arrogante y pícaro; puntualmente de la manera que en su libro se pinta.» Note el lector esta frase y sigamos transcribiendo el relato que tenemos á la vista. Esta figura, añade el cronista, y otra de Sancho Panza, su criado, que le acompañaba, causaron grande regocijo y entretenimiento, porque á mas de que su vestimenta era en extremo graciosa, lo era tambien la invencion que llevaban. Fingiéndose ser cazadores de demonios, los traían enjaulados y como triunfando de ellos, habiéndolos cazado en honor de la fiesta de la Santa Madre y con el favor suyo: y éstos se representaban en dos fieras máscaras, atadas, cuyas cabezas estaban encerradas en sendas jáulas.

Descríbese despues el disfraz de Sancho Panza, y tambien se habla de la risa que causaron los papelillos que con algunos motes daba á los demás, y una informacion (abono de su justicia) que en razon del premio presentaron en unos versos.

Leyendo mas adelante las sentencias ó vejá-